

El mercado del petróleo y las perspectivas económicas del Tercer Mundo

Miguel S. Wionczek*

Hace exactamente dos años, en marzo de 1986, a raíz de la vertiginosa caída de los precios mundiales del petróleo a 8 dólares el barril de crudo arábigo ligero, tuve la oportunidad de asistir a una conferencia internacional, organizada por el Centro de Política Energética y Ambiental de la Universidad de Harvard. El propósito de la reunión fue examinar los riesgos del mercado del petróleo y, en particular, el cambio estructural y la incertidumbre en dicho mercado, incluyendo la inestabilidad del precio, la imprevisibilidad de la oferta y la demanda, la magnitud de los inventarios y la confiabilidad de la información. Los expertos congregados, en su mayor parte —aunque no en exclusiva— procedentes de Estados Unidos y Canadá, llegaron a la conclusión de que el período de altos precios del hidrocarburo había terminado, y de que, por lo menos hasta mediados de los noventa, el mercado mundial del petróleo se caracterizaría por su alta volatilidad y por las presiones hacia la baja de los precios, como consecuencia del desequilibrio estructural entre la oferta creciente y el estancamiento de la demanda.

Por la época en que se redactó este trabajo, en abril de 1988, mientras el mundo continuaba inundado de petróleo, empezaron a ser evidentes diversos acontecimientos en apariencia contradictorios: los precios del crudo bajaron de 18 dólares el barril a menos de 15; la producción de la OPEP sobrepasaba los niveles máximos aceptados a mediados de diciembre de 1987; de acuerdo con una prestigiosa fuente, las reservas mundiales probadas de petróleo eran 27% mayores a fines de 1987 que un año antes (no a causa de nuevos descubrimientos sino como consecuencia de la revisión de estimaciones previas y gracias a la nueva información, sobre todo acerca de las reservas de los miembros de la OPEP¹); se sabía de descubrimientos simultáneos en regiones tan distantes entre sí como Yemen del Norte, Siria, Gabón, el este de Venezuela, las llanuras de Colombia y el sur de Argentina.

1. "New Data Lift Oil Reserves" en *Oil and Gas Journal*, Tulsa, Oklahoma, vol. 85, núm. 52, 28 de diciembre de 1987.

* Trabajo presentado por el autor en la Conferencia Anual sobre Petróleo y Economía 1988, celebrada en Bergen, Noruega, los días 3 y 4 de mayo de 1988. Los subtítulos son de *Comercio Exterior*.

La sabiduría convencional se adapta no al mundo al que ha de interpretar, sino a la opinión que sobre el mundo tiene el público.

John Kenneth Galbraith

Al mismo tiempo, la prensa financiera de Estados Unidos y Europa occidental informaba que, en espera de alzas de los precios del petróleo a principios de los noventa, algunas de las más importantes compañías petroleras internacionales, entre ellas la Shell, la Exxon y la British Petroleum, habían decidido incrementar el gasto de capital invirtiendo este año no sólo en adquirir algunas empresas petroleras pequeñas sino en actividades de exploración de yacimientos de petróleo y gas. De hecho, un grupo de participantes clave de la conferencia de Harvard de mayo de 1986, al abandonar su postura cautelosa de dos años atrás, propició dichas expectativas en un informe emitido a principios de marzo de 1988 sobre las perspectivas de la demanda de petróleo a principios de los noventa.

En ese informe, titulado "Precios más bajos del petróleo: sus consecuencias previsibles", se señalaba que el avance económico registrado en los países de economía de mercado a raíz de la caída de los precios del petróleo en 1986 había restado ímpetu a la conservación y reducido las reservas petroleras; también se predecía que a principios de los noventa los precios del petróleo podrían elevarse hasta llegar a más de 30 dólares.²

El petróleo en los países en desarrollo

Cualquiera que sea el mérito de estas predicciones meramente especulativas, es imposible probar que la situación del mercado mundial del petróleo mejorará entre 1990 y 1995. Con base en la información de que dispone el autor y el conocimiento de las tendencias de la oferta y la demanda de petróleo en las regiones menos desarrolladas, es posible sostener que no se presentarán grandes cambios mediante los cuales se supere el desequilibrio estructural entre la oferta creciente y la demanda estancada de hidrocarburos. No es factible una mejoría en este sentido, aun en el caso de que mediante algún milagro la economía mundial acelere sus tasas de crecimiento y los países en desarrollo salgan de la crisis económica y financiera más severa desde los treinta. Aunque son muchos los factores en que se apoya mi postura por demás pesimista —incluyendo los avances tecnológicos en materia de localización, exploración y explotación—, uno de los

2. Bijan Mossavar-Rahmani, William Hogan, Dale Jorgenson y Richard N. Cooper, *Lower Oil Prices: Mapping the Impact*, Energy and Environmental Policy Center, Universidad de Harvard, Cambridge, Mass., 1988.

más importantes es el comportamiento actual y futuro de la demanda de hidrocarburos en las regiones menos desarrolladas o en desarrollo.

Ya que este elemento tan importante del panorama petrolero mundial no ha recibido la atención necesaria, seguiré la línea trazada por un informe especial publicado en versión resumida en la revista *Petroleum Intelligence Weekly* en 1983,³ el cual, según tengo noticia, es el único que lo trata en forma detallada.

La tarea no resultará precisamente fácil debido a dos razones: en primer lugar, no es por fuerza cierto que, como señala el conocimiento convencional, cuanto menores sean los precios del petróleo más se acelerará el crecimiento de cualquier economía importadora de energía; en segundo, hasta ahora se ha prestado muy poca atención a la complicada relación circular entre las recientes convulsiones y la volatilidad de los mercados mundiales de hidrocarburos y el desenvolvimiento económico de los países en desarrollo importadores netos de petróleo. Esta omisión es cierta incluso en la literatura de la Agencia Internacional de Energía (AIE) y de la OPEP, después de varios años de haber finalizado el auge de los precios del petróleo de 1973-1982.

Bien podría ser que esta falta de atención reflejara diversas cuestiones: primera, que los países en desarrollo no pertenecientes a la OPEP representan una fracción relativamente pequeña de la demanda global de hidrocarburos importados; segunda, que no existe una sola fuente autorizada de información acerca de la producción, el consumo y el comercio exterior de hidrocarburos de los países en desarrollo, exceptuando a la OPEP; tercera, que el conocimiento sobre sectores energéticos de los países en desarrollo considerados en conjunto, incluyendo tanto a los exportadores como a los importadores de petróleo no pertenecientes a la OPEP, es muy fragmentaria y poco confiable, y cuarta, que debe haber cierta dosis del egocentrismo burocrático que prevalece en los dos grandes clubes de productores y consumidores, los miembros de la OPEP y la AIE, respectivamente.

Encuentro algo inquietante, por ejemplo, el discurso —en otros aspectos sumamente competente— que pronunció Helga Steeg, directora ejecutiva de la AIE, en Washington, a principios de diciembre del año pasado, ante el capítulo estadounidense de la Asociación Internacional de Economistas Expertos en Energía. En su discurso, que escuché con suma atención, Helga Steeg se declaró abiertamente en favor de la adaptabilidad, la flexibilidad y el cambio en la política energética de los países industrializados: "Tenemos que adaptar nuestras políticas a circunstancias que serán menos predecibles en el futuro. . . , porque estaremos actuando en un mundo en que habrá más competencia entre combustibles, entre tecnologías y entre compañías y países de la que ha habido en el pasado".⁴

Sin embargo, este discurso sobre el mercado internacional del petróleo no tomó siquiera en consideración la existencia de los países en desarrollo y la naturaleza de sus políticas y problemas energéticos, ni mostró la voluntad de aventurar alguna opinión al respecto.

3. Edward N. Krappels, Donald Hertzmark y editores del PIW, *Impact of Developing Countries on the World Oil Market 1985-1990. Special Report*, versión resumida publicada en *Petroleum Intelligence Weekly*, Nueva York, marzo de 1986.

4. Discurso de Helga Steeg, directora ejecutiva de la Agencia Internacional de Energía, dirigido a la Asociación Internacional de Economistas de Energía, mimeo., Washington, 10 de diciembre de 1987.

No hay que descartar otros aspectos de la falta de interés general en estos temas "exóticos" que prevalece entre los exportadores de petróleo y las publicaciones técnicas de los países industrializados. De alguna manera quienes afirman que los países menos desarrollados no pertenecientes a la OPEP desempeñaron un papel muy importante en la evolución del mercado mundial del petróleo de 1979 a 1986 parecen ignorar las pertinentes declaraciones de observadores más profundos del panorama internacional de los hidrocarburos. Es probable que, así como la disminución de la demanda de petróleo registrada por la OCDE constituyó la causa principal de la disminución de exportaciones de la OPEP de 1979 a 1983, el aumento constante de la producción petrolera en los países en desarrollo no miembros de la OPEP y el estancamiento de su propia demanda de petróleo hayan constituido las fuentes principales de la reducción de las exportaciones de dicha organización de 1979 a 1985. Como señaló en 1983 el Banco Mundial, "desde 1973 todos los países han hecho un gran esfuerzo para expandir su producción de energéticos".⁵

Las proyecciones petroleras para las naciones menos avanzadas

A lo largo de los últimos quince años —o bien durante el auge petrolero de 1973-1982, desde el punto de vista de los productores, y en el período de escasez de energía, desde el punto de vista de los importadores de energía de la OCDE y los países en desarrollo, o bien después del súbito fin del auge en 1982-1983— tanto autores de modelos energéticos mundiales como compañías consultoras en asuntos petroleros y organismos oficiales internacionales abordaron la participación de los países en desarrollo en la oferta y la demanda mundiales de petróleo, así como en el comercio respectivo, de la misma forma en que se suelen abordar los errores y omisiones en la balanza de pagos de un país. Dicha participación se consideró tan difícil de cuantificar como lo son los diversos rubros menores de una balanza de pagos.

La única característica peculiar de las proyecciones de la demanda energética de los países en desarrollo durante todo el período fue que constantemente se le sobreestimó. Esta tendencia a inflar la demanda efectiva podría haber sido una consecuencia de la confusión entre las demandas efectiva y potencial de estos países considerados en conjunto. Por el contrario, la oferta interna de energía de los países en desarrollo no miembros de la OPEP se subestimó casi siempre debido a la supuesta escasez de recursos energéticos de estos países y su atraso tecnológico, así como a teorías tan en boga, si bien nunca comprobadas, como la de la distribución de los gigantes yacimientos petrolíferos de un extraño arco localizado entre el Golfo Pérsico y Tejas, pasando por Alaska. El descubrimiento de depósitos de petróleo en el Mar del Norte, en 1974, reforzó esta teoría y convirtió a dicha zona en un puente muy conveniente entre el Golfo y Canadá *cum* Alaska.

Supuestamente, y en el contexto del concepto del "mundo libre" —al margen de lo que esto signifique—, Dios pareció usar prácticamente toda su generosidad en distribuir los recursos petroleros entre tierras musulmanas y tierras cristianas. Los hidrocarburos soviéticos, que existían por una especie de error divino, fueron condenados al rápido agotamiento; no hubo petróleo en China, la India ni el Sudeste de Asia y tampoco en el África

5. Banco Mundial, *The Energy Transition in Developing Countries*, Washington, 1983, p. 34. Cursivas del autor.

negra, aunque apareció un poco en Sudamérica y algo más en México y Venezuela. No estoy hablando de épocas remotas, sino de la visión convencional sobre la escasez global de petróleo, aceptada en los países industrializados de Occidente a mediados de los setenta, es decir, hace menos de quince años.

Estas posturas ilusas frente al crecimiento vertiginoso de la demanda de hidrocarburos y su escasez en los países en desarrollo no miembros de la OPEP no provocaron mayores consecuencias mientras prevaleció el aparente equilibrio global en el sector. Sin embargo, empezaron a cobrar importancia cuando se acabaron los días felices, tanto para el cártel como para los comerciantes internacionales de petróleo.

Los méritos del citado informe especial del *Petroleum Intelligence Weekly* acerca del efecto probable de los países en desarrollo no miembros de la OPEP en el mercado mundial del petróleo en 1985-1990 radican en su insistencia en que resultaba muy poco probable que en la segunda mitad de los ochenta se materializaran las expectativas anteriores acerca de que los países en desarrollo no pertenecientes a la OPEP proporcionarían una salida preparada de antemano y constantemente creciente a la oferta de exportaciones petroleras. Más aún, se estimaba que, independientemente de los precios mundiales del petróleo, la demanda de productos derivados en los países en desarrollo no se incrementaría más de un millón de barriles diarios, mientras que su propia capacidad de producción petrolera quizá se elevaría hasta 2.5 millones hacia 1990. Este análisis resultó muy acertado.

La producción

La producción petrolera de los países en desarrollo fuera de la OPEP desempeñó un papel muy importante en la preparación del terreno para la caída de precios que se registró en 1986, y continuará deteriorando el crecimiento de las exportaciones del organismo cuando menos hasta 1990. Los incrementos de la producción registrados en China, Brasil, la India, Egipto y Angola, entre otros, sustituyen las importaciones de la OPEP y contribuyen directamente al aumento del consumo mundial de petróleo. Se esperaba que sólo en muy pocos países en desarrollo no miembros de la OPEP la tasa de aumento de la capacidad productiva registrara una disminución drástica, independientemente de cuánto bajarán los precios mundiales. Podemos estar seguros de que hasta 1990 dicha capacidad continuará elevándose en aquellos países. Sólo después, una caída de precios del petróleo podría afectar la tasa de crecimiento de su producción. Con la información disponible de 1986 y las cifras preliminares sobre las tendencias de extracción y consumo durante 1987 en los mencionados países, resulta fácil advertir que lo que pronosticó el informe del *Petroleum Intelligence Weekly* a principios de 1986 realmente sucedió y seguirá sucediendo durante algún tiempo. De no ser así, no leeríamos en la prensa internacional de ambos lados del Atlántico, como lo hemos hecho a principios de la primavera de 1988, que en el caso poco probable de que el traicionero Irán cerrara el estrecho de Ormuz, los precios mundiales del petróleo no sufrirían un efecto de importancia.⁶

Aunque la OPEP pudiera persuadir a los exportadores principales ajenos a ella a cooperar en un programa de mantenimiento de precios, el crecimiento de la capacidad productiva de los países en desarrollo no pertenecientes al organismo continuaría afectando

el mercado y contribuiría a presionar los precios a la baja. Por consiguiente, cualquier acuerdo, por demás incierto, entre la OPEP y los países en desarrollo mencionados sería frágil, ya que éstos tienen poblaciones muy numerosas e ingresos per cápita bajos, y prácticamente todos están pasando por una profunda crisis financiera y económica. Su necesidad de divisas e ingresos fiscales los ha mantenido al margen de los convenios casi monopólicos de la OPEP por mucho tiempo.

El consumo

La demanda de petróleo de los países en desarrollo no pertenecientes a la OPEP, estancada desde 1983, se incrementará aunque muy lentamente, de aquí a 1995, pese a sus elevadas tasas de crecimiento demográfico y la rápida urbanización. Con frecuencia, en las regiones industrializadas del Norte se olvida que el petróleo —incluso el crudo más barato— sigue siendo un lujo inaccesible para más de la mitad de la población mundial, que cocina y calienta sus viviendas con leña, carbón vegetal, desechos animales y residuos agrícolas. Aun en el período de reducción de precios del petróleo, los países en desarrollo no miembros de la OPEP obtienen más de 40% de su energía de fuentes no comerciales, como leña y otros tipos de biomasa.

En promedio, los habitantes de cualquier nación en desarrollo consumen menos de la sexta parte de la energía comercial empleada por los de los países industrializados, ya sea con economía de mercado o centralmente planificada. La parte más extensa (46.4%) del consumo de energía comercial de los países en desarrollo, incluyendo a la OPEP, corresponde al petróleo, cuya demanda en estos países se elevó de 5.6 millones de barriles diarios en 1973 a 7.3 millones en 1985; es muy probable que siga aumentando paulatinamente durante los próximos diez años. Pese a esto, el total de los incrementos pasados y del futuro próximo dista mucho de ser impresionante si se le compara con la drástica caída del consumo per cápita de petróleo registrada de 1980 a 1985 en los países de la OCDE, principalmente como consecuencia del uso de tecnologías de conservación y de la sustitución del petróleo por carbón y energías hidroeléctrica y nuclear.

El proceso de sustitución del petróleo por otros combustibles comerciales también se está llevando a cabo en los países en desarrollo, en los que de 1980 a 1985 el consumo de ese energético aumentó 36%, el de carbón, 27%, y el de energía hidroeléctrica, 38%. A diferencia de lo ocurrido en los países desarrollados de economía de mercado, los gobiernos de las naciones en desarrollo no han renunciado a la inversión en fuentes energéticas tales como gas natural, energía hidroeléctrica, metanol y carbón. Por ende, aunque los productos derivados del petróleo están disponibles a precios más bajos, será difícil que cedan su lugar a los combustibles por los que fueron ya desplazados.

En la mayoría de los países en desarrollo, la reglamentación de precios y los impuestos impedirán que los consumidores disfruten directamente de precios más bajos del petróleo. Después de los incrementos en 1973, muchos gobiernos de los países en desarrollo ajenos a la OPEP no elevaron los precios internos lo suficiente para garantizar el nivel de ingresos de impuestos recaudados por las ventas de productos del petróleo. Pero el descenso de los costos de la importación petrolera está brindando a los gobiernos la oportunidad de compensar la pérdida de ingresos fiscales, lo que constituye para dichos países una necesidad imperiosa, no sólo a causa de sus presupuestos deficitarios, sino porque, además, los programas de estabilización del FMI y del Banco Mun-

6. Kevin Brown, "No 'Disastrous' Shortage If Iran Blocks Gulf Oil", en *Financial Times*, Londres, 22 de enero de 1988.

dial para las naciones en desarrollo con graves problemas de deuda externa los están forzando a buscar tal compensación. En muchos países los precios internos no se reducirán en absoluto, aunque sigan descendiendo las cotizaciones mundiales del petróleo.

En respuesta a la rápida urbanización, la demanda de gasolina podría duplicar el ritmo de crecimiento económico. Sin embargo, en primer término, en varios de los grandes países en desarrollo no miembros de la OPEP las tasas de crecimiento económico descendieron recientemente en forma vertiginosa, y, en segundo, su consumo total de gasolina es tan pequeño que dicho incremento de la demanda resulta insignificante dentro del mercado mundial del petróleo. Aun la demanda de destilados medios, cuyo consumo en los países en desarrollo fuera de la OPEP aumentará sin duda alguna, se elevará sólo en la medida en que se modernice la agricultura y se expanda el transporte industrial. Las necesidades energéticas del sector industrial o de servicios seguirán cubriéndose a base de fuentes no petroleras, a menos que se cuente con productos petroleros procedentes de recursos internos.

De los países en desarrollo, no miembros de la OPEP, en los latinoamericanos es donde más se retrasará el resurgimiento de la demanda global de importaciones petroleras. En Asia, particularmente en el Sudeste, podría llegar a registrarse la mayor tasa de crecimiento de las importaciones petroleras, mientras que África, por no constituir un mercado petrolero de importancia, desempeñará un papel neutral.

América Latina no contribuirá a la ampliación de mercados que busca la OPEP. Su demanda de productos derivados del petróleo crecerá muy lentamente, sobre todo en Brasil, cuya economía —aunque acosada por problemas— es la más dinámica de la región, pero está decidido a lograr la autarquía energética en 1990. Por otra parte, la producción petrolera de Asia podría reducir su ritmo de crecimiento como consecuencia de la baja de precios. Sin embargo, es muy probable que a esa región se deba la mayor parte del incremento de la demanda de hidrocarburos en los países en desarrollo no pertenecientes a la OPEP. La demanda de África permanecerá estática en el mejor de los casos, ya que la disminución del consumo en sus países exportadores de petróleo compensará los incrementos de las importaciones de crudo en las numerosas naciones africanas adquirentes.

En este trabajo se ha intentado exponer un panorama imparcial de las perspectivas del consumo y la importación de petróleo en el conjunto de los países en desarrollo no miembros de la OPEP. Sin embargo, según las tendencias más recientes de la economía mundial y de los países en desarrollo, tal vez este panorama sea demasiado optimista. No considera el repliegue adicional de la economía mundial registrado en 1987 ni las expectativas de que prevalezca esta tendencia en lo que falta de los ochenta, incluyendo la probable recesión de la economía de Estados Unidos en 1989, ni la gravedad y persistencia de la crisis económica y financiera en la mayoría de los países en desarrollo, exportadores e importadores de petróleo.⁷

7. Véanse los últimos informes sobre el comportamiento de las economías regionales de América Latina, África y Asia y el Pacífico, elaborados respectivamente por la Comisión Económica de la ONU para Latinoamérica y el Caribe (Santiago, Chile), la Comisión Económica de la ONU para África (Addis Abeba) y la Comisión Económica de la ONU para Asia y el Pacífico, publicados en *Financial Times*, *The New York Times* y *Neue Zürcher Zeitung* en marzo-abril de 1988.

Conforme a la sabiduría convencional, y ante el elevado potencial de la demanda energética de los países en desarrollo no miembros de la OPEP, los precios más bajos del petróleo deberían reflejarse en el aumento de las importaciones de hidrocarburos y la disminución del ritmo de la búsqueda de fuentes energéticas internas. No obstante, es un hecho que tal proceso se está llevando a cabo sólo parcialmente. Es decir, cada vez más países en desarrollo ubicados en tres continentes encuentran yacimientos de petróleo en su territorio, y son cada vez más los que ven en él un bien de exportación. Este comportamiento tan "singular" sólo puede explicarse por la carga excesiva que representa el pago del servicio de la deuda externa para la mayoría, sean exportadores o importadores de petróleo. De 1983 a 1985 se registraron en los países en desarrollo reducciones limitadas del consumo per cápita de petróleo. Pero ante la persistencia de la crisis económica interna y externa, la información disponible —que dista mucho de ser completa— proporciona claros indicios de que dicho consumo se desaceleró nuevamente en 1986 y 1987. Y no hay razones para pensar que en los próximos cinco años, más o menos, se revertirá esta tendencia.

Los próximos decenios

Después de 1990 podría empezar a elevarse paulatinamente la demanda petrolera de los países en desarrollo no miembros de la OPEP, tanto exportadores como importadores. Sin embargo, cabe esperar que durante el resto de los ochenta los gobiernos de los países en desarrollo aumenten los precios de la energía por razones fiscales, se mantengan programas de sustitución de combustibles y se logren avances en la conservación y el ahorro de energía (incluyendo petróleo y gas natural).

Se puede calificar de heroico que un observador atento a la disminución del ritmo de crecimiento de la economía internacional en los últimos años dé por hecho que en 1990 o poco después la mayoría de los países en desarrollo importadores de petróleo saldrán de una u otra forma de la persistente crisis que los aqueja, y que sus economías reanudarán un vigoroso crecimiento que mejorará los niveles de vida y aumentará el consumo de energía. Tanto más si se considera que algunos de los mejores expertos en la economía de Estados Unidos temen una recesión grave en ese país clave en la economía mundial. En América Latina tal recuperación sería sólo relativa, ya que, por ejemplo, el promedio de ingresos reales per cápita regresó a los niveles de 1974; en esta parte del Tercer Mundo existe el consenso de que los ochenta han sido una "década perdida" en términos de crecimiento económico y bienestar social.

Tal vez este esbozo de los efectos probables de las próximas tendencias del consumo petrolero del Tercer Mundo insiste demasiado en la creciente disponibilidad de recursos energéticos comerciales, incluyendo el petróleo producido fuera del Medio Oriente, y en el número cada vez mayor de países en desarrollo fuera de la OPEP que no sólo se fijan el objetivo de la autosuficiencia energética, sino que además pretenden convertirse en exportadores netos de petróleo, pese a las persistentes incertidumbres y a la volatilidad del mercado mundial. Mi insistencia en estos dos factores se debe a que quizá han sido demasiadas las conferencias internacionales a las que asistí de 1973 a 1980 en las que prácticamente todos intentaron convencerme de que nuestro planeta se encamina de modo inexorable hacia el agotamiento de los hidrocarburos (un recurso escaso, si bien estratégico en to-

dos sentidos); que, por consiguiente, los precios del petróleo se elevarán cada vez más en términos reales, y que seremos muy afortunados si para los años 2000-2010 aún queda algo de los gigantescos yacimientos petrolíferos.

Cualquiera que en aquellos tiempos de histeria colectiva provocada por la idea de la escasez del petróleo se hubiera atrevido a mencionar que sólo una millonésima parte de la superficie del globo había sido objeto de una exploración detallada y que no había razones para creer que Dios puso la mayor parte del petróleo en el Medio Oriente, habría sido inmediatamente tachado de descarriado demente. Hoy día, diez años más tarde, aunque a sólo veinte del muy anunciado fin del petróleo (el decenio 2000-2010), y después de haber dirigido y prácticamente completado el primer estudio del gas natural que jamás se haya realizado en América Latina, desde México hasta la Tierra del Fuego, tengo más razones que nunca para defender mi postura de "descarriado". En nuestra parte del mundo sólo hay dos países que carecen de petróleo y gas natural: Uruguay y Paraguay. Sin embargo, hace apenas unas semanas se descubrieron hidrocarburos en la plataforma continental uruguaya, y como el subsuelo de Paraguay nunca se ha sometido a exploraciones para detectar hidrocarburos, está por verse si este país se encuentra también en una situación especial en América Latina. Por mi parte, dudo mucho que así sea.⁸

La estrategia de las grandes empresas

En estas condiciones, resta explicar la creciente presencia de las grandes compañías petroleras internacionales en los países en desarrollo fuera de la OPEP, no sólo en América Latina sino también en África y Asia, mas no como abastecedores de productos derivados del petróleo de estas regiones, sino como exploradores y productores cuyo presunto objetivo es mayormente la exportación tanto a los países de la región como a otros. Si estas actividades indican que las compañías participantes en recientes proyectos de exploración y explotación petrolera realmente esperan un nuevo auge del mercado mundial del petróleo a mediados de los noventa, cabe suponer que disponen de información que nadie más conoce. Dado que durante un lapso bastante prolongado he mantenido muy buenas relaciones con las grandes empresas petroleras, incluyendo a las mejores firmas consultoras en estas cuestiones, también a este respecto tengo graves dudas.

En mi opinión, las razones de esta situación aparentemente paradójica son las siguientes:

1) Las grandes compañías petroleras internacionales de los países industrializados están inundadas de fondos excedentes, como podemos advertir día tras día en *The Wall Street Journal*.

2) Durante el auge del mercado petrolero de los setenta y principios de los ochenta estas compañías decidieron diversificar sus actividades hacia las manufacturas y los servicios. Los resultados fueron muy decepcionantes, pero les sirvieron para percatarse de que las características de la industria petrolera, sea en materia de exploración como en refinación y distribución, son muy distintas de las de otras actividades industriales. Saben cómo operar lu-

crativamente tanto frente a un petróleo "caro" como ante uno "barato". En cierto sentido, pueden compararse con Japón, que importa 99% del crudo que requiere, y cuyos altos funcionarios han negado en diversas ocasiones cualquier relación entre el nivel de los precios mundiales del petróleo y el crecimiento que está registrando ese país.

3) Después de 1973 las experiencias de las grandes empresas petroleras privadas con los miembros de la OPEP han resultado menos satisfactorias de lo que se esperaba, aun en el caso de convenios tan especiales como el de la Arabian-American Oil Company.

4) En lugar de emprender una diversificación horizontal fuera de la industria petrolera, esas empresas volvieron a recurrir a estrategias basadas en la diversificación geográfica de la explotación. A este respecto, una de las compañías más emprendedoras, la Occidental Oil, ha mostrado el camino a otras empresas petroleras mucho mayores radicadas en Estados Unidos.

5) Bien informados acerca de su potencial de recursos energéticos y acosados por dificultades financieras y económicas, muchos países en desarrollo ajenos a la OPEP se han vuelto más "razonables" en sus negociaciones con empresas petroleras extranjeras. La coparticipación en riesgos, estipulada en los contratos actuales, parece convencer a ambas partes.

6) Todo mundo, excepto la misma OPEP, parece estar consciente de que una mayor cantidad de fuentes marginales y diversificadas de crudo a disposición de las compañías petroleras internacionales debilita al cártel, lo que ha puesto en evidencia la cooperación no precisamente eficaz de este cuasimonopolio por razones que escapan a los términos de referencia de este trabajo. Los historiadores de la economía han presentado suficientes pruebas de que operar un monopolio, aun si está formado por un reducido grupo de empresas que dominan el mercado, no resulta nada fácil.⁹ Operar un cuasimonopolio de más de una docena de estados soberanos, distribuidos en tres continentes, es una tarea casi imposible.

Parece apropiado concluir este trabajo dirigiéndome no sólo a los países en desarrollo no miembros de la OPEP, sino también a los avanzados exportadores de petróleo para recordarles lo que en diciembre del año pasado dijo la Directora Ejecutiva de la AIE en Washington acerca de la situación mundial del petróleo y sus perspectivas: en el futuro próximo las circunstancias del mercado internacional del petróleo serán menos predecibles "porque estaremos actuando en un mundo en que habrá más competencia entre combustibles, entre tecnologías y entre compañías y países de la que ha habido en el pasado".¹⁰

Y dichas circunstancias prevalecerán durante mucho tiempo, no sólo en el mercado mundial del petróleo, sino en la economía internacional, cuyo problema central —en palabras extraídas de una declaración emitida en Londres en diciembre de 1987 por 30 destacados economistas de 13 países, algunos de ellos ganadores de premios Nobel— es la existencia de profundos e insostenibles desequilibrios que toman diferentes aspectos en diversas regiones del mundo.¹¹ □

9. Gertrud Lovasy, *International Cartels-A League of Nations Memorandum*, 2 vols. Naciones Unidas, Nueva York, 1947.

10. Helga Steeg, *op. cit.*

11. "Hacia una solución de la crisis económica mundial. Declaración de 33 destacados economistas", en *Comercio Exterior*, vol. 38, núm. 3, México, marzo de 1988, pp. 252-260.

8. Un análisis detallado de los recursos petroleros y de gas natural de cada país se encuentra en Bernardo F. Grossling y Diane F. Nielsen, *In Search for Oil*, 2 vols., Financial Times Business Information, Londres, 1985.